

objetos nuevos y apreciables, plantas, pájaros, fósiles, etc. Y, además, han hecho grandes servicios á los navegantes, que al desembarcar en alguna playa salvaje hallaban en los misioneros un géneo bienhechor.

Por último, aunque no se tuvieran en cuenta otros servicios de los misioneros que lo que han hecho y hacen por salvar la vida de los miles de niños expósitos en China, merecerían para siempre las bendiciones de la Iglesia y de la humanidad.

§ III.—*Las Hermanas de la caridad.—Las Hermanitas de los pobres.*

«Acaso nada hay más grande sobre la tierra, dice Voltaire, que el sacrificio que hace un sexo delicado de la belleza, de la juventud y muchas veces del alto nacimiento y de la fortuna, para aliviar en los hospitales la diversidad de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el orgullo del hombre y tan repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana no han imitado sino de un modo muy imperfecto una caridad tan generosa» (1).

«Confieso, dice Proudhon, que la caridad de tantas personas del bello sexo, las más distinguidas por su nacimiento, por su educación y por su fortuna, que se constituyen en enfermeras de sus hermanos en Jesucristo, esperando que una vida mejor les permita ser sus compañeras, me conmueve y me desprecia á mí mismo, si hablando de los deberes que estas almas generosas cumplen con tanto amor y por mera voluntad, se escapase de mi pluma una sola palabra de ironía ó de desden. ¡Oh santas y valerosas mujeres! Vuestros corazones se han adelantado á la época, y nosotros, miserables rutinarios, falsos filósofos y sábios, somos responsables de la esterilidad de vuestros esfuerzos. ¡Ojalá podáis un día recibir vuestro galardón!» (2).

(1) Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.

(2) *Contradicciones económicas*; citado por Ducpetiaux, *Las Ordenes monásticas y religiosas*, pág. 220.

Tan admirables son las Hermanas de la caridad que han merecido estos elogios de los más célebres corifeos de la impiedad.

En efecto, nadie puede rehusar sus elogios á la virtud y al heroísmo de esas admirables mujeres, que «tienen la modestia por velo, la misericordia por hermana, á los pobres por familia, á la caridad por madre y por toda alegría en este mundo el consuelo de enjugar lágrimas.»

La Hermana de la caridad es mártir de esta virtud divina, convirtiéndose en un ángel de consuelo para todos los infelices y todos los débiles. Entrad en un hospital y la veis desempeñando su augusto sacerdocio, permitaseme la expresión. A pesar de que en esta casa se refugian todos los estragos y todas las inmundicias del vicio, de la enfermedad y de la miseria, se ve reinar en todas partes por sus cuidados el aseo, el orden y la economía. Con la mayor actividad recorre las camas de los enfermos prodigándoles sus cuidados como si fueran sus hijos; aquí cura una enfermedad vergonzosa, allá una llaga asquerosa y fétida, en otra parte abraza á un apestado, más allá recibe el último suspiro de un moribundo, y, por último, amortaja á un cadáver, próximo á entrar en disolución. Por todas partes prodiga á los desgraciados palabras de consuelo, de resignación y de esperanza, y, sobre todo, el ejemplo de sus virtudes y la eficacia de sus oraciones. Su paciencia sin límites, su dulzura inalterables, sus afectuosos cuidados, sus miradas, su aire, su voz y los símbolos de que está rodeada, la presentan á los ojos del enfermo como la expresión más aproximada de una hermana ó de una madre; tal es la ternura y solícitud de sus cuidados. ¡Ah! y con frecuencia en pago de su cariñosa asistencia no recibe más que insultos y blasfemias de aquellos mismos á quienes cuida, ó es objeto de persecuciones y groseras calumnias en los parlamentos (1).

(1) Los revolucionarios de Setiembre, y nótese que cuantas veces ha sido perseguida la caridad lo ha sido en nombre de la libertad por los que se proclaman sus defen-

Además, hay que conocer que para sepultarse en un hospital se necesita un valor á toda prueba, y es preciso estar en disposicion de hacer á cada momento el sacrificio de la vida. Habrá muchos que irán bravamente á morir con gloria en un campo de batalla, y no tendrían valor para entrar en un hospital de apestados y morir oscuramente junto á un lecho de dolor. Pues la Hermana de la caridad tiene todos los días este heroismo, y no falta jamás á su mision, ni retrocede ante ningun peligro. Cuanto más débil es de cuerpo, es más fuerte de alma, y se conceptúa dicha en dar su vida por hacer bien á sus semejantes. Solo la religion puede inspirar estos sentimientos.

Pero su caridad no se satisface con cuidar á los enfermos en los hospitales ó á domicilio, sino que recoge y sirve de madre á los niños expósitos que abandona su madre desnaturalizada, abre sus brazos á las víctimas del libertinaje arrependidas y las vuelve al buen camino, educa á los párvulos y á los huérfanos y hasta los lleva á los campos de batalla á recoger á los heridos, sin asustarse de las balas que silban sobre su cabeza. ¿Quién ignora lo que hicieron en Crimea y durante la última guerra franco-prusiana?

Consagrada así, enteramente á Dios y á sus prógimos, no puede esperar en premio de su sacrificio ninguna recompensa humana, ni la quiere, habiendo renunciado generosamente á los placeres, á los honores, á las riquezas y hasta á los lazos de la amistad y de la familia. Despues de haber sufrido todas las impertinencias de los hombres, atormentada en su alma con la vista continua de tantas miserias, con los lamentos y quejidos de los desgraciados, que afligen su corazon sensible, atormentada en su cuerpo con el continuo trabajo, con malos olores y con escasez de sueño, acorta voluntariamente el número de años que vive

sores, arrojaron á las Hermanas de la caridad de algunos establecimientos de beneficencia de la costa. ¿Qué pasaría en ellos en ausencia de aquellas santas mujeres, puesto que fueron llamadas de nuevo por los mismos que las habian echado?—*Paralelos entre el Catolicismo y las sectas*, por Rubio y Ors, III, cuad. 1.º, pág. 49.

sobre la tierra y entrega su alma pura al Criador. La muerte no hace más que consumir el sacrificio que comenzó generosamente al hacer su profesion.

Cuando se contemplan tales grandezas se siente una viva satisfaccion en pertenecer á la Santa Iglesia católica, que sabe inspirarlas, y no hay quien no se crea engrandecido por participacion en ellas. ¡Y hay todavía quien llamándose católico diga que el cuidado de los enfermos y de los necesitados ha de confiarse á personas legas, pagadas y subvencionadas por los Gobiernos! ¡Ah! si la caridad se reduce á cifras, si hay quien tenga el corazon y la cabeza bastante frios para calcular lo que cuestan las Hermanas de la caridad y los enfermos legos, no tardará mucho en perecer esta virtud divina. La caridad no puede pagarse á ningun precio; solo Dios la inspira. Por eso solo el Catolicismo tiene *Hermanas de la caridad*.

Y al llegar á este punto, y hablando de individuos que forma la Iglesia católica, debiéramos hablar de los innumerables de sus hijos, que se consagran exclusivamente á ejercer la caridad con los prógimos en sus diversísimas ramificaciones para todas las miserias; pero no siendo posible por los estrechos límites de este trabajo, remitimos al lector á la interesante obra de Monseñor Dupanloup, *La caridad cristiana y sus obras*; y tambien á la excelente de Dupetiaux ya citada.

Sin embargo, no podemos ménos de dedicar algunas líneas á las admirables *Hermanitas de los pobres*, esas mujeres sublimes, ante las cuales se enternecieron y se sintieron hombres los mónstruos de la *Commune*.

Estas se consagran por instituto á cuidar de los ancianos pobres que pasan de 60 años, y les prodigan cuidados filiales. Cuando se considera la multitud de enfermedades y miserias que acompañan á la vejez pobre, y las incomodidades que causa un viejo achacoso, que apenas puede sufrir la propia familia, se comprende lo que vale la abnegacion de estas mujeres, que se proponen endulzar los últimos años que vive el hombre sobre la tierra, como si quisieran que aquellos viejos olvidasen las ofensas que les ha-

bían hecho los hombres y llevasen al sepulcro un buen recuerdo de la humanidad. Como si fuera poco prestarles su asistencia, ellas mismas abrazan la mendicidad en lugar de ellos, á fin de proporcionarles alimento y vestido. Al ver la silenciosa y modesta pareja de estas humildes mujeres recorrer los puestos de la plaza pública y las casas particulares, para reunir poco á poco la comida que han de dar aquel día á sus pobres ancianitos, no se puede ménos de admirarlas como unas mensajeras de la Providencia, para llevar á los indigentes los dones de su infinita bondad (1).

§ IV.—*El Clero secular.*

Una de las culpas más graves de la sociedad moderna es la ingratitud al Clero católico, desconociendo los beneficios que le debe.

Repetidas veces hemos dicho y demostrado que el Clero católico salvó la civilización antigua y las preciosidades de las artes y de las ciencias, y preparó la cultura de los tiempos modernos.

Esto lo hizo el Clero católico por su ciencia y por su virtud.

«Desde el siglo V, dice el protestante Guizot, contaba el Clero con un medio poderoso de influencia. Los Obispos y los Clérigos llegaron á ser los primeros magistrados municipales, y no quedaba, hablando propiamente, del imperio romano sino el régimen municipal. Ocurrió, por las vejaciones del despotismo y la ruina de las ciudades, que los curiales ó miembros de los cuerpos municipales cayeron en el desaliento y apatía. Los Obispos, al contrario, y el cuerpo de los Sacerdotes, llenos de vida y de celo, se ofrecían, naturalmente, á velar por todo y á dirigir todas las cosas. Inconveniente sería inculparlos por esto y tra-

(1) Esta congregación fué fundada en 1840 por una pobre criada, sin ningún recurso. En la actualidad cuenta más de 150 casas en diversas naciones, de ellas 14 en España.

tarlos de usurpadores; así lo exigía el curso natural de las cosas: solo el Clero era moralmente fuerte y animado, y llegó á ser poderoso en todas partes. Tal es la ley del universo... Por de pronto fué una ventaja inmensa la presencia de una influencia moral en medio de un diluvio de fuerza material que en aquella época vino á caer sobre la sociedad. Si la Iglesia no hubiera existido, el mundo entero hubiera sido presa de sola la fuerza material» (1).

En otro lugar demuestra la influencia del Clero sobre la civilización, á contar desde el siglo V al X. «La Iglesia, dice, era una sociedad regularmente constituida con sus principios, con sus reglas y disciplina, la cual sentía una necesidad vehemente por extender su influencia y conquistar á sus mismos conquistadores. Había en el Clero cristiano y entre los fieles de aquella época, quienes habían pensado en todo, lo mismo en las cuestiones morales que políticas; tenían sobre todos las opiniones fijas, sentimientos enérgicos, y un vivo deseo de propagarlas y hacerlas prevalecer. Jamás hubo sociedad, al lado de la de la Iglesia, que hiciese los esfuerzos que ésta hizo del siglo V al X, por asimilarse el mundo exterior... Puede decirse que atacó á la barbarie por todos sus flancos, para civilizar dominándola. En España es la Iglesia misma quien ensaya reconstruir la civilización. En vez de las antiguas asambleas germánicas, prevaleció en España un Concilio de Toledo, y en ese Concilio, aunque se encontraban seculares de distinción, los Obispos son quienes dominan. Abrió el código de los visigodos; no es esta una ley bárbara; evidentemente está redactada por los filósofos de la época, es decir, por el Clero. Tal ley abunda en ideas generales, en disposiciones y en teorías completamente extrañas á las costumbres bárbaras... En una palabra, toda la ley visigoda lleva un carácter sábio, sistemático y social. Se conoce en ella la obra de aquel mismo Clero que prevalecía en los Concilios de Toledo é influía tan poderosamente en el gobierno de la sociedad» (2).

(1) *Histoire gen. de la civilization en Europe*, 2.^a lec.

(2) *Lug. cit.*, lec. 3.^a

Nadie niega la preponderancia y ascendiente que en todos tiempos tuvo el Clero, y, al contrario, hacen de esto un cargo contra él. Pues bien; cuando una clase numerosa logra conquistar un ascendiente indisputable y lo conserva por espacio de muchos siglos, es prueba de que tiene mérito indisputable, que los miembros de esa clase se distinguen notablemente de los demás de la sociedad. De otro modo no puede explicarse esta preponderancia, pues el hombre no rinde homenaje ni da honores sino á quien es superior á él. El ascendiente del Clero, dadas las cualidades que le distinguían, fué un hecho, no solamente muy saludable y provechoso á la sociedad, sino tambien muy natural, muy necesario y enteramente inevitable.

Cuando con el sagrado carácter del sacerdocio se reúnen la santidad y la sabiduría, forman un conjunto tan sublime, que los hombres no pueden ménos de mostrar respeto y veneracion. Cuando además los que poseen estas preciosas dotes las emplean incansablemente en beneficio de todos, prodigando la enseñanza, el consejo, la exhortacion y la caridad, aliviando los infortunios y socorriendo las miserias, es natural conquistar el amor y la gratitud de los hombres, y tener ascendiente sobre ellos.

Si el Clero fuera solamente sábio sin ser virtuoso, no inspiraría respeto; si fuera solamente virtuoso sin ser sábio, no tendría el suficiente prestigio. Preciso es, por lo tanto, que se reúnan en el Clero la ciencia y la virtud.

Jamás ha dejado de brillar en ambas cosas. La prueba es que en todos tiempos, como tambien en la actualidad, ha cumplido dignamente su mision. Elegid cualquier momento de la historia, y vereis al Clero estar siempre á la altura de su época y aún ser superior á ella. Aún hoy, que toda clase de ciencias, de las que no se enseñan en los Seminarios, han hecho tan gigantescos progresos, se ve al Clero seguirlos paso á paso, y dedicar las más asiduas tareas á adquirir la vasta instruccion que reclaman las necesidades de los tiempos modernos.

Todas las funciones del ministerio sacerdotal exigen una ciencia sólida, superior, ó, al ménos, igual á la de los hom-

bres con quienes alterna. La catequesis, la predicacion, la confesion, las multiplicadas necesidades de las almas, exigen que el Clero esté siempre á la altura de su siglo, y que siga el progreso de las ciencias. De otra suerte se vería embarazado á cada paso; no podría combatir los nuevos errores, que se presentan cubiertos de un gran aparato científico, y no podría ser el padre, el guía y el consejero de los pueblos.

El Clero, como clase, puede poner más alta su bandera científica que cualquiera otra clase de la sociedad. Todos sus individuos tienen la ciencia suficiente para su estado ó pueblo que dirigen, por más que algunos estén escasos de ciertos conocimientos modernos. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo de los médicos, cirujanos, abogados, jueces, empleados, etc! El Clero con frecuencia está sufriendo exámenes y dando pública muestra de su aptitud, lo que no sucede á otras profesiones. El Clero se ve obligado á sostener continuas polémicas, pues hay dos cosas de las cuales se cree autorizado á hablar todo el mundo, y los que más hablan son los más ignorantes; la política y la religion. Por eso el Clero tiene que estar siempre preparado á la lucha en el terreno que quieran colocarla sus adversarios, que naturalmente echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que más se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

Si algunos individuos del Clero se encuentran atrasados en ciertas materias que no son propiamente de su carrera, no merecen por esto más censura que otros hombres por no saber las materias que no son de la suya. El primer deber de los críticos es ser imparciales y justos. ¿Acaso el Clérigo tiene obligacion de saberlo todo? Por otra parte consta que el Clero es más universal en sus conocimientos que cualquiera otra clase. Pueden citarse Clérigos que han sobresalido notablemente en las matemáticas, en la física, en la medicina, en la historia, en la literatura; pero no pueden citarse médicos, físicos, etc., que hayan sobresalido en las ciencias eclesiásticas hasta el punto de ser considerados como notabilidades en ella.

De lo dicho se infiere cuán falsa y calumniosa es la acusación que se hace al Clero de *oscurantista* y de favorecer la ignorancia. Los que esto dicen niegan la evidencia. Sabido es que el Clero ha combatido siempre la ignorancia considerándola como una de las mayores plagas de la Iglesia y de la sociedad. Su misión es enseñar, y la ha cumplido ventajosamente en todos tiempos. Las escuelas, los colegios, las universidades y las bibliotecas que ha establecido el Clero, y que ha llenado de sus propias producciones, son la prueba. El mayor número de los escritores anteriores al siglo XVIII han sido individuos del Clero (1).

Lo mismo que en la ciencia, se ha distinguido el Clero en la práctica de todas las virtudes, y aún más en éstas, porque no todos tienen talento para ser sábios; pero todos, por limitada que sea su inteligencia, pueden ser virtuosos. El sacerdocio es por sí mismo un estado de perfección de los que están adornados de él. Así es, que en todos tiempos las virtudes del Clero católico han sido la gloria y el regocijo y el ornamento de la Iglesia.

Apenas hay necesidad de insistir en este punto, pues la conducta del Clero es bien pública, y su buen ejemplo está á la vista de todos. El Clero es en general severo y ajustado en sus costumbres, metódico, sóbrio, y exento de esas que el mundo llama necesidades, y que en suma no son otra cosa que vicios. Prudente, reservado y justo, todos quieren tratar con él y se fían de su honradez sin más que ver su traje. Él es caritativo y afectuoso, el consuelo y el refugio de los pobres y de los afligidos, y el amigo de todos los que sufren. Distribuye su tiempo entre las obligaciones de su ministerio, el estudio, la oración y las obras de piedad, y apenas dedica algún rato á un honesto recreo para

(1) La ignorancia es el mayor enemigo de la Iglesia. Tan cierto es esto, que el emperador Juliano el Apóstata, queriendo destruir el cristianismo, prohibió á los cristianos aprender y enseñar las letras. Comprendió que la ignorancia arruinaría á la Iglesia. Y, ¡aún se dirá que el Clero la favorece!

espaciar un poco su ánimo, ocupado continuamente con serias atenciones.

Pero acontece en este punto que las miradas del mundo se fijan con insistencia en algunos pocos Sacerdotes que son indignos de su sagrado carácter (1), y no se fijan en todos los Sacerdotes ejemplares y santos que son muchos más, y en los que cumplen exactamente todos sus deberes, que son casi la totalidad. Mas esto mismo prueba la santidad del Clero y su virtud indudable, pues de otro modo el mundo no miraría con tanta indignación y escándalo en un Clérigo lo mismo que mira con indiferencia en un seglar. Pero ya hemos respondido á este cargo al principio de este capítulo. Por culpa de estos pocos es vituperada toda la clase; pero cualquiera ve que esto no es razonable ni justo (2).

Entre las inculpaciones que con más insistencia se hacen al Clero, figuran en primera línea la de incontinencia, la de avaricia y la de ambición. En cuanto á la primera, diremos que es el vicio en que con más facilidad cae el hombre, por ser la virtud opuesta tan elevada y tan superior, sin el auxilio de la gracia, á las fuerzas humanas y á las inclinaciones de la naturaleza. ¿Será extraño, por lo tanto, que algunos Clérigos se dejen arrastrar algunas veces de sus pasiones? Lo admirable es que la generalidad guarde la continencia con tanta fidelidad, atendida la flaqueza humana y los peligros del mundo. Lamentable es que no todos tengan esta virtud, pero no es el mundo corrompido y libertino quien debe condenar al Clero con tanto rigor. Por otra parte, se abultan y exajeran mucho estas faltas, y muchas veces son puras calumnias y juicios temerarios como podría probarse con repetidos ejemplos. El mundo, á

(1) Se ha dicho oportunamente que un Sacerdote malo es como una paja metida en los ojos de todos, que á todos ofende.

(2) Bergier, artículo *Clero, orden*.

quien es tan insoportable la castidad, juzga del Clero por la malicia de su propio corazón.

Se dice que el Clero es avaro, porque no le gusta, por sus hábitos y por su género de vida, disipar sus recursos en locuras, y, por otra parte, es previsora para circunstancias excepcionales ó para la vejez. No se puede negar, sin embargo, que algunos tienen excesivo apego á las cosas temporales, y la Iglesia lo lamenta, y los exhorta continuamente al desprendimiento. Mas hay que tener en cuenta que los Clérigos son hombres, sujetos, por consiguiente, á sus debilidades. Además, el Clero que vive con frecuencia rodeado de personas mercenarias, que le sirven por interés más bien que por afecto, es disculpable hasta cierto punto de guardar aquel dinero que le ha de asegurar los servicios de que no puede prescindir, especialmente para el caso de una imposibilidad física ó una enfermedad.

Por lo demás, es falso que el Clero en general merezca el calificativo de avaro. La prueba es la multitud de fundaciones, dotaciones y obras pías que ha fundado con las riquezas acumuladas al cabo de muchos años de orden y de economías. La prueba son también las abundantes limosnas que reparte con mano pródiga, mereciendo el honroso nombre de padre de los pobres. Estos acuden á él en todas ocasiones mucho mejor que á los seglares, porque conocen por experiencia su largueza y su generosidad. Observad á quién se dirigen con preferencia los mendigos; y quién es el que les da más limosnas entre todos los transeuntes, y direis despues si el Clero es avaro. Por último, en España tenemos una prueba reciente y decisiva. Cuando la revolución, por un acto de tiranía incalificable, impuso al Clero la obligación de jurar la Constitución del 69, amenazándole de lo contrario con no pagarle los haberes que de justicia se le deben; el Clero, ofendido á un mismo tiempo con esta medida en su fe de católico y en su dignidad de caballero, prefirió unánime arrostrar la miseria ántes que faltar á su deber y sufrir tan vil humillación. Cuatro años hace que no percibe sus modestas asignaciones .. y calla. Los Gobiernos, unos despues de otros, cometen la barbárie

de dejarle morir de hambre y obligarle á pedir públicamente una limosna (1). Y, sin embargo, el Clero sufre notablemente toda clase de privaciones... y la España contempla impasible el lento martirio de sus Sacerdotes.

También se dice que el Clero es ambicioso. Hay una ambición noble y levantada, y hay otra ambición bastarda y desordenada. La Iglesia católica es la verdad y la caridad, y, por lo tanto, está llamada naturalmente á ejercer una grande influencia moral, á dominar sobre el error y el vicio: de modo que no se puede censurar á los ministros de la verdad y de la caridad por seguir el impulso que reciben. En este sentido el Clero es ambicioso; es decir, aspira á cumplir la misión divina que le encomendó el Salvador, de enseñar á los hombres y dirigirlos. Esto es un honor para el Clero.

Pero no tiene el Clero la ambición bastarda de medrar por cualquiera medios, de adquirir á toda costa el poder, el mando y los honores. Hace tiempo que se ha apartado voluntariamente de estas regiones, en las que solo se hallan simas y precipicios, y si alguna vez estuvo en ellas, no fué por su gusto, sino porque así lo exigía el bien de los pueblos, porque así lo querían las naciones, y porque los reyes lo llamaban con frecuencia á sus consejos. Muchos Obispos llegaron á la dignidad de príncipes, porque los reyes y emperadores fiaban más en su fidelidad que en la de sus varones, como reconocen los mismos protestantes; no se engañaban, y este motivo hace honor al Clero. En la actualidad el Clero no tiene feudos, ni interviene para nada en los negocios públicos: carece, pues, de todo fundamento el acusarle de ambición.

No es de admirar la multitud de acusaciones lanzadas contra el Clero, porque es el blanco de las iras de todos los enemigos de la Iglesia. Ven éstos que el Clero es el más robusto apoyo del Catolicismo y el defensor de sus dere-

(1) ¿No queda con esto bien justificado el Clero de guardar algunos ahorros?

chos, y procuran por todos los medios desprestigiarle, á fin de llegar á destruir la misma religion. Esta es una de las causas del ódio que le han declarado. Ven tambien en el Clero el mayor enemigo de sus vicios y de sus escándalos, ya sea con su predicacion, ya con su ejemplo, y por eso le aborrecen. El mérito del Clero puede medirse por la intensidad del furor con que es atacado.

Y aquí se debe observar una cosa digna de llamar la atencion. Al mismo tiempo que atacan al Clero virtuoso, al Clero fiel y que cumple sus deberes, ensalzan hasta las nubes á los que secundan las pasiones del siglo, á los que se ponen en lucha con sus legítimos superiores, á los Clérigos despreocupados y liberales. Además hacen todos los esfuerzos imaginables para atraer á su partido al Clero joven, seduciéndole con pomposas y halagüeñas promesas para hacerle dócil instrumento de sus planes (1).

Pero lo mismo las seducciones que las persecuciones, lo mismo los hipócritas elogios que los insultos y los desprecios, se estrellan contra la constancia invencible del Clero, contra su fe sólida y contra su virtud.

El Clero es una prueba de la asistencia divina que tiene la Iglesia. Solo así se concibe que en todos tiempos hayan sido tan escogidos y dignos sus ministros. Así, pues, nos convencemos una vez más de que la Iglesia manifiesta su vida sobrenatural y gloriosa en los hombres que forma y produce. Estos son como las ruedas de una máquina maravillosa: cada una tiene su oficio, y todas juntas componen su admirable mecanismo, y concurren á su movimiento. Pero entre los hombres de la Iglesia, el Clero, en los diversos grados de su gerarquía, es la expresion más fiel de su espíritu y el agente de sus divinas influencias.

Y como mejor se conoce la gloria que resulta á la Iglesia católica por su Clero, es comparándole con el clero protestante y cismático, con el clero de las sectas. Mientras éste vive en una bochornosa dependencia, reducido á la clase de un empleado público, dejando languide-

(1) Véase *La Revolution*, por Mons. de Segur.

cer en los pueblos la fe, la caridad y las demás virtudes evangélicas, y precipitarse aquéllos al excepticismo, el Clero católico está dando cada dia nuevas pruebas de que es *la sal de la tierra y la luz del mundo*.

Los clérigos de las sectas no son más que hombres, los Clérigos católicos son ministros de Jesucristo. Así es, que el clero de las sectas carece de las virtudes, de la abnegacion, del celo y del generoso sacrificio de la vida que hace muchas veces el Clero católico. Por eso los trabajos del primero, sea en la predicacion, sea en la enseñanza, sea en las misiones en los pueblos infieles, son completamente estériles, á pesar de tener á su disposicion los más abundantes recursos de todo género; y los trabajos del segundo, privado de recursos y luchando con inmensas dificultades, producen frutos abundantísimos, porque tienen la bendicion de Dios.

§ V.—*El Obispo.*

Después de haber hecho la apología general del Clero católico, debemos dedicar algunas líneas á dar á conocer el carácter peculiar de los diversos grados de su gerarquía. Empezaremos por el Obispo, que ocupa en ella el lugar más alto.

Legítimo sucesor de los Apóstoles continúa en el mundo la mision santificadora de aquéllos é instruye á los pueblos con su palabra y con su ejemplo. El Obispo es el pastor de las almas, para repartirles doctrina sana, confirmarlas en la fe y apartarlas del error. Es como el ojo de la Providencia sobre las necesidades de su Iglesia, y como la antorcha elevada en medio del Templo para alumbrar á los fieles que se acercan á Dios.

La Iglesia ha procurado siempre que sus Obispos sean tales como los deseaba San Pablo; y cuando ha sido libre para escogerlos por sí misma fuera de la intervencion de las turbas ó de la imposicion de los Gobiernos ha tenido la gloria de formarlos segun aquel modelo. «Es necesario que el Obispo sea irrepreensible y sin tacha, como